

NUEVOS TRUCOS (IV)

La primera parte puede ser especialmente intimidante. Cualquier perro abandonado es la personificación viva de algún tipo de enlace roto, el intrigante, si se quiere, emisario exasperadamente inarticulado de algún viejo enredo humano. El desafío para los trabajadores del refugio que tratan de realojar en alguna casa a ese animal, por supuesto, es el de conseguir una firme y sólida idea de la disposición del animal — que naturalmente empeora con cada hora que el perro pasa entre sus prójimos igualmente cautivos, en la misma situación desesperante — para sentirse bastante seguros de que no entregar una bomba de tiempo a alguien en esta vida. "El tiempo de estas pruebas es bastante sensible," dijo Mollaghan mientras avanzábamos al canil de nuestro próximo sujeto de prueba, "a causa de la influencia del estrés en estos animales". El mismo acto de pasar delante de ellos, explicó Mollaghan, contribuye a su descenso, provocando que los perros entren en un frenesí de ladridos y saltos porque, invariablemente, algún otro visitante se ha parado antes alguna vez y habló con ellos, sacándolos de quicio. Es un síndrome conocido como "frustración condicionada".

"Los perros fueron recompensados alguna vez," continuó Mollaghan, "por eso se comportan así siempre que pasa alguien. ¿Por qué la gente continúa apostando en el juego, frente a una pérdida constante? Porque ganaron una vez".

El canil No. 227 en Stray 3, uno de los más grandes, tenía a una perra bull terrier (participante en peleas de perros), bronceada, de mirada suave, algo desnutrida, llamada Lana. Ella estaba acurrucada en un rincón trasero de su canil y, luego de saludarla, comenzó a temblar de manera incontrolable. Mollaghan abrió la puerta, entró y se agachó totalmente, de manera de parecer menos amenazante. Esa pequeña hembra con una cara con ojos redondos y aduendados, parecía no tener miedo y estar siempre bajo control. Ella esperó un poco más, siempre en silencio. La llamó otra vez. El animal siguió temblando. "Si me acerco más", me dijo Mollaghan susurrando, "me mordería".

Ella dio un paso atrás con cautela, y cerró la puerta. Sacó la hoja numerada de la bolsa de plástico frente al canil de Lana, diciéndome que ingresan perros como ella permanentemente. Tienen generalmente los nombres como Nitro o Cocaína o Asesino, perros que pasan su vida encadenados en patios, no teniendo contacto alguno con otros perros o humanos.

Había sido, hasta entonces, una tarde bastante positiva a medida que pasaban los días en el refugio de perros. Habíamos tomado pruebas a un joven perro, una combinación muy bien equilibrada cruza de Labrador que respondió al baile de la muñeca y mi exhibición del hombre con el impermeable frente a las cuales demostró una combinación perfectamente apropiada de curiosidad y preocupación. El siguiente se trató de un gran perro de 7 años de edad, perro que aprobó la batería de evaluaciones con una calma tan grande que él, la especie bajo examen, de algún modo nos hizo rendir, a nosotros, los evaluadores. Nosotros no supimos evaluar bien a Lana. Ella sería sacrificada en el transcurso de la tarde siguiente.

"Ellos vislumbran también esa situación," me dijo Mollaghan. "Muchos de los animales empiezan a vomitar o a defecar, al minuto de entrar al recinto de eutanasia".

En camino de recuperarnos de nuestro último día, el destino me llevó a dar una más íntima mirada a las otras dos partes del problema de Mollaghan y los dramas más grandes de adopción de perros actuales que jamás había pensado enfrentar. Sucedió en Stray 3, Canil No. 252. Dos nombres para el mismo animal estaban listados en su hoja de datos: Cricket y Olive. Un terrier abandonado dos veces que pesaba algo más de 12 libras. Un ovillo que respiraba, formado de hilos blancos y grises similar a una alfombra con un largo tubo y con piernas, y los ojos proverbiales tipo botón. Pensé que había encontrado el primerísimo descendiente de la cruza entre un maltés y un mono araña. Pero cualquiera fuera la mezcla insondable de progenie disparatada, los desperfectos conductistas y las perversiones humanas habían llevado al exilio de esta criatura, por lo que no había diferencia para mí. Había perdido no sólo mi objetividad periodística, sino también todo resto de razón y racionalidad. Me sentí, en una palabra, hundido. Mollaghan se me acercó, pero yo fui incapaz de pronunciar una sola palabra: estaba frente al hecho de estar por convertirme instantáneamente en uno de sus sujetos humanos para evaluar y ya estaba dando el paso clásico del

visitante del refugio. Estaba pasando por la primera impresión, una mera apariencia. Había caído a causa de uno de esos perros "cursis", uno cuya sola presencia allí estaba entre la docena de combinaciones de tamaño medio que debo, en buena conciencia, haber considerado tener, y aún más, me hechizó la manera en que ella vino tranquila, con calma a saludar me entre un remolino de ladridos y saltos de sus otros compañeros del canil.

De vuelta en la oficina de Mollaghan, supimos lo siguiente acerca de Cricket/Olive: una hembra castrada, de aproximadamente 2 años de edad, que fue encontrada tres días antes, rondando en la comunidad de Anderson Oaks.

Este fue, pronto verificamos, su segundo ingreso en el Lago de Pueblo. No había información sobre su dueño original, pero en cuanto a su segundo dueño, sí, un tipo denominado Forbes, que figuraba en los registros que la había adoptado siete semanas antes. Se le había dejado un mensaje en el contestador de Forbes y se le había enviado un correo electrónico, reclamándole los \$50 de multa y dándole una fecha tope de tres días para recuperar su perro.

"Eso es hoy," dije.

"Sí," dijo Mollaghan, mirando fijamente el reloj de la oficina, que marcaba las 6:40 de la tarde.

"Tiene tiempo hasta que cerremos. Veinte minutos".

Y entonces aprendimos esto: Yo no tenía una oración apropiada. Incluso si Forbes no apareciera, había otros tres delante de mí que esperaban por ella.

"Tanto para terminar en esto," dije, con respecto a mi repentino plan de volver a Brooklyn y sorprender a mi esposa, a Bex, y a nuestra propia combinación de terrier adoptado en un refugio, Roz, ilusión que se estaba evaporando tan rápidamente como había aparecido.

"No necesariamente," dijo Mollaghan, que, pronto vi, estaba estudiando un esquema creado por ella misma, uno que giraría alrededor de su conocimiento íntimo de la inconstancia de los adoptadores de perros y ciertos matices en el proceso de la adopción de los mismos.

El No. 2 en la lista de espera resultó ser un grupo de rescate. Si, Mollaghan me explicó, pudiera conseguir que el grupo de rescate me cediera el lugar a mí como su adoptador ideal, eso legítimamente me dejaría apenas detrás del primer C.I. (cliente interesado) en la lista, un hombre llamado Welch.